

DEL AUTOR:

Cuadernos de Narciso. 1956. Ed. Botella al Mar.

Oda telegráfica a Tenochtitlán. 1957. Ed. Poesía
Buenos Aires.

Triptico de la rosa. 1959. Ed. Nueva Expresión.

SANTIAGO BULLRICH

**SILENCIO, LUNA
Y BARRO**

POESIA

1959-1960

EDICION DEL AUTOR

1960

Distribuidor exclusivo EDITORIAL LAUTARO

SILENCIO, LUNA Y BARRO

Hecho el depósito que ordena la ley 11.723
Copyright (©) by 1960, Santiago Bullrich, Buenos Aires.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

El río se acercó despacito
tomó los sauces queriendo hamacarse
bostezó la playa de un trago.

Oscurecía.

Los últimos veleros blancos violaceaban al
[recostarse.

Y el viento.

Casi nada.

Fuí hundiéndome en el barro queriendo
[disolverme.

Ansié volar con las gallinas salvajes,
cruzar el río de un tirón
sobrevolando

el repique de las olas ribereñas.

Caminé unos pasos por encima del agua
y todo sostenido por los ojos
la pasión que se venía a tientas
detrás de mi retina.

Luego me dejé ir,

zozobrar sin ruido

a los cacharros, botellas mensajeras
abandonadas con el amor, la tarde,
a rastras del río.

Quería amigarme con los bagres y anguilas.
Desconfiaron de mi cariño, de mi sabiduría,
del brillo higiénico de mis ojos.

Membranas me crecieron entre los dedos
y a la larga

servieron y nadé con ellos
por el canal remontando corriente
con la marea por encima del pasto.
El olor de mi sal nos hizo compinches con
[anguila
y nos quisimos tanto, hasta amanecer que
[moría.
Curioseábamos las tardes invernales
costas bravas, remolinos, olas mayores.
La astucia de anguila
la flor de su lengua y de la mía,
quería hacérmela sufrir
como si yo fuese el río.
A veces anguila me incitaba tal delirio de
[horizontes
que surgía del fondo fluvial, desplegaba alas
[nuevas
me iba hasta las nubes, —mi balanceo sobre
[los jacarandáes—
mi graznido sobre las tipas deshojadas.
Planeaba al rás sobre la marejada
oradando con los ojos los camelotes y sus
[viajeros.
Anunciaba con la agitación de mis alas
que movía como los brazos de un piloto
[sereno y avezado en banderines
la proximidad del pescador,
del biguá marino,

la hélice destructora de escamas.
El sol descendía y yo con él al reflejo de los
[arroyos.
Viajamos con el rumbo del día.
Anguila se dejó estar en los barrancos a pique
del medio Paraná.
Volvió y en la boca traía flores y otro olor
[desconocido.
Me contaba los grandes navíos como marítimos
flotando encima de los trigales maduros.
Pero olía también un olor desconocido.
Descubrí su crueldad y de noche su
[metamorfosis
que tenía la claridad duraznera de la mañana
y la sombra de cabellos algosos y oscuros.
Desapareció sin estela, los demás peces
[quisieron devorarme.
Por eso me puse a escuchar croar las
[ranas, las luciérnagas costeras.
Era noche serena, los peces amenazaban con
[navajas
que hacían relumbrar
chapoteando entre sus colas.
Uno saltó más acá de la luna
y vino a caer tan cerca
que se me apagaron los ojos.
Relinchó la noche,
se desbarrancó desde las zarzas,

asustó al bagre,
se hundió y perdí de vista otras colas con
[la suya.

Sangre,
un navajazo, el de la luna,
fluyendo de mi ombligo
se mezcló con el agua
fué a dar con la cola de un cometa
al silencio.

Con ella se iba mi pasión,
nacía el acero en mis pupilas
brotaba una fría indiferencia
invernal casi
y a traición de anguila.
Días hubo cuando floté
debajo de estrellas que se perdían,
brumosamente,
sin llegar a mi espíritu.
y era invierno todavía con las ramas

[deshojadas

inclinadas sobre los ojos.
Veía la noche como un suelo distante
hacia el cual quería deslizarme
descendiendo
descolgándome
de los juncos arrollados
a mis canillas

de colorado y marrón
con el barro del fondo
y la sangre.
La luz atravesaba el río apenas
y me llegaba
oculto sin querer entre las cuevas y el
[misterio..

Perdí el sentido así
con apenas luz nocturna suficiente
para encender los músculos dorsales
de mis alas.
De aquel vuelo nocturno
nada puedo contar
sino las sombras afiebradas
que aún me inquietan.
Un delirio hueco y maldito
parásito de la médula de mis huesos,
sed acuática
de la carne de anguila,
de forma, de lengua, de sus cuevas,
tierra firme
apoyar las piernas
mi cuerpo...
Pero silencio,
silencio, luna y barro,
ráfagas con la nostalgia de anguila.

Atrapado por juncos, morí.
Murió una parte de mi sexo.
Quedó otra,
puro enjambre y abejas.

UN VIENTO PERDURABLE

Buenos Aires, enero 1959.

Se me clavó su locura
pensar
para siempre.

Vino tierna
recorriendo cada uno de los pájaros que me
[inventan
las lechuzas, horneros de mi pecho, torcazas
[y sosiego.

Qué hay niña: del agua de tus ojos?

Qué hay niña: del revés de la luna?

Sentimental a muerte

niña muerte,

no sé qué vendrá de lo nuestro.

Chica del caballo blanquito, príncipe de la

[noche
quiero encender el día con las luces de mi

[lengua
que se enciendan barriletes en tus ojos
y se avergüence la tarde de mirarnos.

Hoy me reconcilio
de tu ausencia
a la vera de la noche repentina
inclemente como mi piel a otros **amores.**
Huye viento, quítale tu muerte.
Quiero que me traigas sus señas cálidas,
el molde de su paño,
la humedad de su cuerpo,
la impresión de su mano.
Rebusca los rincones
de la ciudad que la encubre,
tráeme su vida, quítale tu muerte de los ojos.

Saberte
acariciar tus esencias fugitivas,
tierno gato
chica, te saludo.
Mis pájaros se desbandan.
Quiero bautizar tus manos con flores
tu cuerpo con rosas insanas de cariño
los ojos con pejerreyes próximos a mi calor.
Mis pájaros rompen la noche con su trino
requiebran y amanece. Adiós sombras!
Pura estrella
van a tu azul descubrimiento.
Dolerte,
apenas, tan poco,
clavarme en tu tierra.
Veo fuego, humo,
mis pájaros se ciegan de tu sol.

Quiero que mi poesía tenga
su lengua mojando tus orejas.
Los besos me nacen de la piel de mis labios
en su alba pajarera
y sin querer, si supieras.

Tu alma es mi alma al revés,
palma de mi mano
y piel de mis frutos fugitivos.

Tus ojos, tus labios,
nafrago hasta tu soledad,
bríndame tus palabras
pues mis palabras te abarcan.

Que tu sangre nazca de la mía
y mi soledad contigo
nos confunda con el rodar del mundo,
con el amor del chico a su paloma preferida.

Te acuerdas de mi calor?
Soy a vos,
te creo,
te sé,
como sé que me desangro
nada más que de verte.

Baile su corazón contra mi esqueleto
rían tus cejas peregrinas
a mi manojito de corsarios.

Ser uno con vos.
Única constelación,
perdurar más allá del tiempo.
Abandonarlo,
exponer las horas
junto a mis huellas.

Tu alma erizada de mí mismo
sublime sudestada que inventan mis velas.
Abrete golfo,
me deslizo hacia tus aguas profundas,
hecho amarras a tu sangre,
a los vértigos que precipitan mis sondeos.
Sondeo tus entrañas fabulosas,
toco fondo en mí mismo.
Caigo prisionero de tus redes.
Mareado de quererte existo.

Me duele la sangre de no verte.
Mi piel te sabe lejos,
tiene nostalgia de tu sonrisa.
Presiente peligro tu lejanía.
Parece mentira,
y todo porque no estás
acurrucando la niña que te habita
en mi lozanía.
Hablo con
todos los hombres que me componen,
los hombrecitos de los dedos de mis pies
[independientes,
el viejo que se oculta en mis sobacos,
el sin par adolescente que zumba entre mis
[piernas
mezcla de bandada y enjambre maduro,
trabajador a muerte
al que tuteo: “—amigo,
cómo estás,
cómo te tratan la vida
y mi amor?”

A todos,
a los muchachos de mi pecho vagabundo
les había ofrecido luz nueva,
tu luz y tu sonrisa que a ellos los deslumbra,
Podrían quedarse días mirándote
si no fuera que cuando te sonríes
todos mis soldados
disparan salvas a la aurora.
Y tanto había dicho
de la noche,
y de tu cercanía
que detuve su impaciencia
hasta tarde.
Ya no puedo mentirles.
Corren mis calles.
Golpean contra los vidrios sus adoquines.

Ahora quieren de nuevo cortar en pedazos
[mi alma.

Introducir sus puños entre mis huesos
y robarme la poesía que llevo dentro.
Desparraman los pájaros que contengo
y van a helarme los ojos a la nada.
Duele
ver hambrearse el cariño
acunarse las hormigas en mis potrillos muertos.
Sangran los oídos de mis soldados
a peste se acurrucan en los umbrales,
el sol no existe,
miente la mañana azul.
Ellos ven sus heridas, la muerte les da la mano.
En sus oídos, el estrépito
de las salvas con que bendecían la aurora
se extingue como una sombra
tormentosa.

Sin embargo te pienso
ahora que los perros ladran
la noche de bandidos
y no creo en la muerte.

Buenos Aires, Junio de 1959.

LOS AZULES PINARES DE SU PATRIA

*Nada vale apretar lo que fue, en los suspiros
entristecidos de la tarde. Aferrarse a las
cosas que se derrumban como el árbol carco-
mido. Todo abre al vacío donde resuena el
eco.*

*Pero está el minuto sacudiendo el polvo del
tiempo. Está la sangre que circula por el
corazón de la tierra. Hecho bandera.*

*Está el grito jubiloso que señala el paso de
los siglos. Hecho combate.*

La vida que aventá las cenizas de la muerte.

La mano en la tierra, Gerardo Pisarello.

Asómbrense las tardes náufragas
los trinos en la piel de los castaños
asómbrense al candor de marejadas
que vienen detrás con la aurora.

En el mundo silencioso
silencioso y hondo
de tu alma
los ojos de la pasión se aquietan.

La inmortalidad existe.
Sucede
que agonía desespera en la verdad,
en tu salud que despierta
al lado de la esperanza
un día blanco.

Hombre, la sombra no es tuya,
tuya es la claridad amanecida
entre las manos,
delfín mi vida
vida mi libertad enamorada.

Te parece poco
devolverme el entusiasmo?
Vuelve a respirar los pinares azules de su patria.
Dale tiempo
verás que el tiempo

le devuelve el alma.

Al hombre que nace
debajo de mi piel
le duele esta madrugada
como la muerte.

Delirio y agonía
mueren en las venas
en la espuma sangre
de los gajos en flor que le crecen al silencio.

Fúndete hielo,
desande el mar sus cristales,
la borrascosa resaca
descongele la miel de los potros
de las primaverales muertes.

Ser mitad venidera
de una tarde anohecida.
Qué triunfo el de la noche.
Cómo queman las estrellas
en sus manos,
madura la tristeza en el asombro.

Al sobreviento ríndase la piel antigua,
sopla botellas de oro,
se acuesta entre mis pies

un cielo mañanero inolvidable.
Todo puede ser.

Un hombre camarada y sereno,
fondeador, amigo y sublime
le da la mano al primero que pasa por la calle.

Qué sed de cataratas hermano
querer nada más que rosas náuticas,
ternura, qué pocas las palabras.

Sueño:
una visión marítima con gaviotas
que abordan como si nada mis velas.

Vuelo el horizonte
una nube de uvas infinitas.
Más allá de la agonía
hay un clima con ojos de niño y un hombre
[tranquilo.

Conmueve la inocencia
la inocencia del agua que bautiza
con la perplejidad de mi cariño
el pellejo de la vida.

Sólo fuego,
fuego níveo y fecundo
un poco de sangre

cerca de la soledad,
compañero,
¡las manos!
ternura,
qué amor de poesía.

He visto el cielo poblado de hipocampos,
un mundo de flamencos partidario del sueño.
Llegó luego y bramando un mastodonte herido
prófugo de los glaciares
y famélico de sol.
Futuro alucinado por las olas,
parir quiméricos azules
un presagio al fin
con forma de mujer y durmiendo.
Había un bosque. Soplé viento a su invierno.
Se abrieron las manos del tiempo.
Creció más allá de su prisión
el milagro de la metamorfosis.

Vengo de la tierra,
de la tierra negra y prodigiosa,
prodigiosa y pronta a derrumbarse en prima-
[veras.

Vi del alma en el cielo un espejo
y en la tierra el corazón
estallaba azahares.

Ladró la pampa.
Los galgos que me forman corrieron con las
[nubes

detrás de la liebre.
Más lejos, cerca del monte se perdieron.
Nunca nadie ha vuelto a verlos.
Andan peregrinando los soberbios trigales del
[mundo,

atentos, olfateando el silencio.
Cada tanto, a veces
hay noches profundas.
Entonces se reúnen.

Vuelven esas noches a mí los galgos que me
[forman.

Copulan su entusiasmo,
murmuran a mi angustia correrías,
lamen las manos, miro en sus ojos
el destello insuperable de la libertad.

Hay un viento perdurable
hambriento que trae los rastros
otra vez de la vida.
Siento una doble nostalgia esas noches
solitarias que llena el alma de ternura.

Hecho de sangre con sus migas
de visionario y abismos
abruma el dolor que reclama
aquel abrazo divino
del mar y del sol.

Amanecieron a niño las caricias del alma
exaltada con palomas fabulosas.
Con la noche derramó la nieve
en mi pecho muerte enamorada.

Ladrón de enjambres
que habitaron las vertientes del sueño.
Ya nadie te vuela,
ni corre en tus venas
ni sangra, ni palpita, ni muere de amor.

Prefiero la nueva y honda metamorfosis
que devuelve a los galgos claridad.
El hombre, qué sombra
su pan.

La mano, hueso del amor,
los dedos, flamígeros balcones
del alma.
Los ojos, piel del encuentro luminoso
con la esperanza.

Buenos Aires, noviembre 1959.

MUERO A LA ALTURA DE TUS ANSIAS

I

Amada oscura
en la dulce y triste palabra de tus ojos
bebe mi alma viento de violetas.
Duele tu mano separada de mi pecho y me
[persiguen
sus cinco lenguas tímidas.

II

Hay en el amargo estilo de tu sombra
un ave blanca, tensa inconquistable,
garza de mis soledades.
En el remanso tierno de tu piel
hay algas apacibles, moreras locas de sangre.

III

A la sombra del rosal maduro
muero de amor.
Duermo sobre sus alas,
miro su cielo tierno y azul.
Navego sombras la hiedra.
Vuelo hondo la noche constelada.
Estoy solo, no estoy,
perduro, floto,
somos,
fuimos
con la muerte de la mano después del amor.

IV

Sombras de mis ojos silban regatas en tus
[bosques marinos.
Se despeñan y caen al fondo del invierno.
Así es
soledad fría y dura,
tú también planeas dolorida
las curvas de mi amor.
Te arrastras del viento
humedeces las brumas
adios luz de mis ojos

estoy ciego y muerden las zorras
nervio, esencia, espuma
de mi corazón.

V

Esa sombra dolida de nieve la poseo.
Su mano viene
arde
me destruye.
Duelo al borde de tus ojos.
Sangro mi nombre
al fondo de tu nombre.
Desciendo las huellas de tu piel.

Es duro amor
mi amor tu tierno amor.

Tu mano viene
arde
me renueva.
Muero a la altura de tus ansias.

Esa sombra dolida de nieve la poseo.
Es mía la pacífica quietud de sus hombros.
Mi cuerpo nieva de dolor,
crece en sus copos
doliendo el amor.

VI

Morena blanca
rinde tus labios a la noche tierna de mi cuerpo.
Llevaré tus pájaros al país de mis pupilas
una pampa de ombúes celestes
que invento en mi memoria
cada vez con tu tristeza.

VII

Unicornio de jazmines
disparo tras de tí sobre la noche,
saltan por encima de la luna mis rodillas
cabalga tu cruz un caudillo de estrellas.
Naufraga en tu garganta
nido de aves trémulas
su lengua un carbón encendido de caricias.
Esa daga azul incendió la noche
sembró en el mar escamas de oro.
Crece entre sus brazos
la infinita envergadura de tus alas.
La noche es audaz
la llanura de diamante.

Buenos Aires, abril 1960.